

Vínculo humano-animal ¿Qué clase de amor es ese?

Human-animal bond. What kind of love is that?

Marcos Díaz Videla

Universidad de Flores

Laboratorio de Investigación en Antrozoología de Buenos Aires (LIABA)

*Contacto: mdiazvidela@hotmail.com

Resumen: Los vínculos entre personas y otros animales se han convertido en área respetada de investigación dentro de la antrozoología. La Asociación Americana de Medicina Veterinaria los define como relaciones dinámicas y mutuamente beneficiosas que incluyen conductas que impactan en el bienestar de los humanos y animales implicados. Con el propósito de describir sus particularidades, se revisan las tres teorías más renombradas sobre la formación de vínculos humano-animal: Teoría del Apoyo Social, Teoría del Apego y Teoría de la Biofilia. Partiendo de un esquema propuesto por Fine (2014; 2019) se desarrollan los constructos conceptualizados como factores que motivan la formación de estos vínculos, proponiendo una redefinición y ampliación de estos factores. De este modo, se plantea un esquema integrado por: (1) antropomorfismo, (2) dependencia/cuidados nutricios, (3) integración en la vida familiar, (4) balance costo-beneficio, y (5) influencia sociocultural. Estos factores se fundamentan a su vez en el apoyo social, el apego y la biofilia. Finalmente, se discute la falta de mención del afecto implicado en la definición de vínculo. Se cuestiona el intento de adecuación conceptual del vínculo humano-animal a una definición de amistad, en tanto el primero cuenta diferencialmente con la asimetría dada por la dependencia y los cuidados, más bien, propios de una relación parental. Así, se desarrolla el concepto de amor familiar, como un afecto desinteresado y leal que permite que vínculos sociales externos a la familia puedan ser incorporados a esta, y se integra esta noción a la definición del vínculo.

Palabras clave: Amor, apego, animal de compañía, mascota, vínculo humano-animal.

Abstract: The bonds between people and other animals has become a respected research field within anthrozoology. The American Veterinary Medical Association (AVMA) considers them as dynamic and mutually beneficial relationships, which include actions that impact on the wellbeing of both parts. With the aim of describing their particular traits, we revisited the three most renowned theories on the human-animal bond formation: Social support theory, Attachment theory and Biophilia theory (hypothesis). As of a scheme proposed by Fine (2014; 2019) the conceptualized constructs as factors that motivate the formation of these bonds were developed, which led to their redefinition and extension. Hence, we pose a scheme compound of: (1) anthropomorphism, (2) dependence/nurturing, (3) integration in family life, (4) cost-benefit balance and (5) sociocultural influence. These factors are grounded, at the same time, on social support, attachment and biophilia. Finally, we discuss the omission of affection implied in the definition of bond. We question the intent of conceptual adequation of the human-animal bond into a friendship definition, as the former possesses a differential asymmetry given by the dependency and care, rather typical of a parental relationship. Thus, the concept of familial love is developed as a selfless and loyal kind of affection that allow external social bonds to be incorporated to the family and this notion is integrated in the bond definition.

Keywords: Attachment, companion animal, human-animal bond, love, pet.

Humanos y otros animales (en adelante, animales) han forjado relaciones muy diversas. Por un lado, los animales pueden servir a propósitos instrumentales (e.g., vestimenta, testeo de productos, comida) y ser explotados con indiferencia. Por otro lado, las relaciones humano-animal pueden tener un carácter social y afectivo, como sucede en el caso de la tenencia de mascotas, donde las personas atribuyen un estatus especial a sus animales (Martens, Amiot, & Bastian, 2016). Mientras el valor que le damos a la mayoría de los animales se basa en consideraciones económicas y prácticas, la importancia que le damos a los animales de compañía es el resultado de la relación especial que compartimos con ellos (Mornement, 2018).

Las mascotas pueden variar ampliamente, incluyendo desde peces y aves hasta diversas especies de mamíferos. Si bien las relaciones establecidas con algunos de estos animales resultan relativamente parasociales y unilaterales (e.g., tortugas, peces), las relaciones establecidas con otras mascotas, como perros y gatos, implican compañía, contacto físico y bienestar.

Perros y gatos son las especies de animales más frecuentemente elegidas como mascotas en la mayoría de las culturas (GfK, 2016). Es posible que esto se deba a sus mayores posibilidades de bidireccionalidad relacional y de formación de vínculos sociales con humanos. La relación humano-perro tiene una historia evolutiva particularmente extensa (Green, Mathews, & Foster, 2009). La evidencia

arqueológica indica que el perro fue la primera especie domesticada, y que esto ocurrió hacia el final del último período glacial, cuando toda la subsistencia humana aún dependía de la caza y recolección (Clutton-Brock, 1995). Si bien los fósiles más antiguos de perros tienen 30.000 años de antigüedad (Grimm, 2015), se estima que ese fue sólo el resultado de un proceso interactivo que tuvo lugar durante 80.000 años (Valadez Azúa, 2000; Vila et al., 1997), basado en la necesidad compartida de refugio, comida y protección, que ha dado lugar a relaciones de competencia, cooperación y coevolución entre humanos primitivos y antepasados de los perros (Olmert, 2009; Serpell, 2003).

La domesticación de los gatos siguió un patrón diferente al de los perros, y la historia de la relación humano-gato está un poco menos clara (Amiot & Bastian, 2015). Los gatos tienen algunas características (e.g., son solitarios, altamente territoriales, no realizan tareas directas por indicación, etc.) que los hacen candidatos atípicos para formar vínculos con humanos. Mientras que la adaptación en perros y animales de granja al entorno humano estuvo fuertemente guiada por un proceso de selección artificial, el gato doméstico original parece haber sido, más bien, el resultado de un proceso de selección natural. Es decir, la sociabilidad y la capacidad de ser amistoso con humanos, probablemente le otorgaban una ventaja en su supervivencia (Mornement, 2018).

Muchos autores coinciden

en que la domesticación de los gatos se inició en el Antiguo Egipto entre los años 3000-30AC (Martens et al., 2016).

Aunque la tenencia de mascotas se encuentra presente en la gran mayoría de las sociedades humanas, la frecuencia de tenencia y el estilo de relaciones humano-animal, varían entre culturas (Herzog, 2014). Así, por ejemplo, si bien prácticamente en todo el mundo las personas tienen perros, la manera de tenerlos —interactiva y emocionalmente— muestra profundas diferencias (Penkowa, 2015). De modo que la identificación de los factores que influyen en el vínculo humano-animal puede contribuir a mejorar el bienestar de ambas especies implicadas (Payne, Bennett, & McGreevy, 2015).

La relación humano animal de compañía, la cual una vez se consideró simple curiosidad o amor mal direccionado, se ha desarrollado en un asunto serio y respetado que informa no solo acerca de las relaciones de las personas con sus mascotas, sino también acerca de sus conexiones con humanos (Fine, 2019). El estudio científico de las variadas formas de interacciones y vínculos humano-animal ha sido denominado como antrozoología (DeMello, 2012). En esta, el foco se coloca sobre las relaciones interactivas y recíprocas entre humanos y animales. Esto contrasta con la investigación previa donde los animales ocupaban un rol meramente instrumental, para dar cuenta de un amplio dominio de la actividad humana: cómo interactuamos y nos vinculamos con los

animales (Amiot & Bastian, 2015).

El concepto vínculo humano-animal

La tenencia de mascotas se diferencia de la mayor parte de formas de posesión de animales en que el objetivo primario de dicha actividad es la compleja relación que puede desarrollarse (Robinson, 1995). Una relación implica una serie de interacciones entre dos individuos conocidos entre sí, que son dadas por una sucesión de intercambios a través de un período de tiempo limitado, que tomarán un curso que será influenciado por ambos participantes (Hinde, 1976). En oposición a interacciones transitorias como un episodio único de juego, las relaciones entre mascotas y tenedores se caracterizan típicamente por afecto, son relativamente duraderas y comúnmente incluyen un componente de cuidado (Herzog, 2014).

A partir de las interacciones íntimas con sus animales, los dueños comienzan a considerarlos individuos únicos, empáticos, con mente, con capacidad de retribuir, y conscientes de las reglas y roles básicos que rigen la relación (Sanders, 1993). Así, la mayor parte de los custodios considera que esta convivencia se trata de una relación bidireccional, en la cual los animales son alimentados y cuidados, y a su vez ellos proveen placer, satisfacción y alivio a las personas (Sandøe, Corr, & Palmer, 2016).

Mientras que la relación humano-animal se puede constituir, técnicamente, solo por comportamientos interactivos sostenidos en el tiempo, la incorporación de componentes

emocionales y psicológicos, y sus resultados mutuamente beneficiosos, dan cuenta de la formación de un vínculo (Hosey & Melfi, 2014). El término vínculo humano-animal está tomado de la asociación dada entre un padre y su descendencia: el llamado vínculo padre-hijo. Muchos autores consideran que para que el vínculo humano-animal se forme, la asociación entre los humanos y sus animales debe ser mutua y significativa. En esencia, las relaciones sanas entre los custodios y sus mascotas implican interacciones psicológicas y fisiológicas complejas, que tienen una influencia significativa en la conducta y salud de humanos y animales (Fine, 2019).

El vínculo humano-animal es definido por la American Veterinary Medical Association (AVMA) como "una relación dinámica y mutuamente beneficiosa entre personas y otros animales que es influenciada por comportamientos esenciales para la salud y el bienestar de ambos" (Wollrab, 1998, p. 1675). Esta definición revela aspectos de nuestro deseo de vivir con animales, pero concretamente, no hace referencia al amor que los humanos sienten por estos animales (Fine & Mackintosh, 2016).

De todas formas, es claro que el término vínculo humano-animal se usa generalmente para los vínculos sociales de apego que típicamente se desarrollan entre los custodios y sus animales de compañía. Aunque estos pueden darse también con otras categorías de animales (e.g., animales de trabajo), esos vínculos de

apego tienden a ser más distantes y pueden ser evitados activamente, en tanto pueden interferir psicológica y moralmente con nuestra habilidad de explotar a esos animales con propósitos poco compasivos (Serpell, 1996).

El concepto de vínculo humano-animal y las teorías que lo subyacen, están fuertemente arraigados en la evidencia empírica sobre los beneficios fisiológicos de interactuar con animales. Partiendo de los desarrollos de Fine (2014; 2019) y considerando los resultados de diversas investigaciones, desarrollaremos las teorías frecuentemente empleadas para explicar el vínculo humano-animal y los factores implicados en este.

Teorías que dan sustento al vínculo humano-animal

Las tres teorías más renombradas en relación con el vínculo humano-animal son la llamada Hipótesis de la Biofilia, la Teoría del Apego y la Teoría del Apoyo Social (Fine, 2019). Si bien existen otras teorías relacionadas (ver Díaz Videla, 2017a), estas tres se encuentran más consolidadas dentro de la antrozoología, cuentan con sólida evidencia empírica y se integran fácilmente entre sí.

a) Teoría del Apoyo Social

Esta teoría permite dar cuenta de aspectos vinculares, así como de los mecanismos por los cuales la tenencia de mascotas puede conferir beneficios a la salud de las personas

(Serpell, 2006). Se propone que estos se derivan en gran medida del rol de los animales como proveedores de apoyo social, el cual actúa como un amortiguador contra el estrés de la vida diaria (Allen, Blascovich, & Mendes, 2002; Allen, Shykoff, & Izzo, 2001; Kikusui, Winslow, & Mori, 2006, McCune et al., 2014). El concepto de apoyo es considerado un mecanismo que permite explicar parte de la variabilidad en las respuestas humanas a los eventos estresantes. Así, las personas que cuentan con fuertes relaciones de apoyo con otros, a las cuales pueden acudir en períodos de estrés, pueden estar protegidas contra estresores menores o afrontar mejor eventos estresantes mayores.

El apoyo social se define como la “información que conduce al sujeto a considerarse cuidado y amado, estimado, y un miembro de una red mutua de obligaciones” (Cobb, 1976, p. 300). Incluye contactos sociales significativos, disponibilidad de confidentes y compañía (Fine, 2019). Y las interacciones con los animales de compañía otorgan un disfrute de relacionarse con otro ser que consistentemente demuestra amor; un sentimiento que los dueños perciben como honesto y no supeditado a sus características ni acciones (Sanders, 1993, 1999). Pero los animales no solo proveen apoyo emocional, sino que además son capaces de calmar fisiológicamente a sus custodios reduciendo su presión arterial y frecuencia cardíaca, y disminuyendo los niveles de las hormonas ligadas al estrés (Fine, 2019; Fine & Mackintosh, 2016). Por ejemplo, un estudio

realizado con un grupo de 60 adultos mostró niveles más bajos de presión arterial al acariciar a un perro que al hablarle; y hablarle al animal se relacionó con niveles más bajos de presión arterial que hablarle al experimentador (Vormbrock & Grossberg, 1988). Algo similar se encontró en investigaciones con niños, donde se propuso que el animal podía causar una modificación en la percepción de las situaciones volviéndolas menos amenazantes y más amigables (Friedmann, Katcher, Thomas, Lynch, & Messent, 1983). De esta forma, en función de los beneficios hallados en las personas a partir de la interacción con sus mascotas, puede asumirse que existen funciones intensas de apoyo derivadas de la relación humano-animal de compañía (McNicholas & Collis, 1995).

Adicionalmente, se han destacado algunas particularidades del apoyo social derivado de los vínculos humano-animal. Estos operan mayormente en un nivel emocional, con poca intervención de componentes cognitivos y sociales que incrementan la complejidad de las relaciones entre humanos (Kotrschal, Schöberl, Bauer, Thibeaut, & Wedl, 2009). De modo que los animales de compañía ofrecen relaciones de apoyo cualitativamente diferentes, especialmente en comparación con relaciones románticas, proveyendo gran libertad de elección en un contexto no evaluativo (Green et al., 2009). Por ejemplo, un estudio evaluó los efectos de la presencia de amigos, esposos y mascotas en la reactividad cardiovascular en respuesta a estresores psicológicos y físicos.

En comparación con quienes no tenían mascotas, los tenedores tenían parámetros menores de frecuencia cardíaca y presión arterial antes de realizar las pruebas, incrementos menores durante la realización de estas y recuperación más rápida. Ahora bien, entre los tenedores, la menor activación y la más rápida recuperación se observó en compañía de la mascota. Es decir, la presencia del animal era más efectiva que la del cónyuge para disminuir los efectos cardiovasculares del estrés (Allen et al., 2002). El hecho de que las mascotas no sean humanas porta sus ventajas, en la medida en que resultan predecibles y relativamente estables en su afecto, y no hay temor a que la relación se vea dañada por expresiones de debilidad o emociones, ni por excesivas demandas emocionales (McNicholas & Collis, 1995). El sentimiento de ser incondicionalmente aceptado y amado por una mascota tiende a surgir espontáneamente en los custodios, y los predispone a acercarse a sus animales para obtener alivio y seguridad en momentos de necesidad. Esto, a su vez, conduce a la formación de un vínculo de apego seguro hacia la mascota (Zilcha-Mano, Mikulincer, & Shaver, 2011).

Un concepto relacionado es el de capital social, y los animales de compañía desempeñan un rol destacado en este. Básicamente, el capital social representa la red de relaciones sociales que favorecen las interacciones saludables. Este puede provenir de las mascotas, en tanto estas

pueden funcionar como catalizadores sociales que mejoran la comunicación y solidaridad entre personas (Fine, 2019). En tanto el contacto social es el mecanismo para fortalecer la autoestima de la gente, los efectos socializadores de los perros de compañía se encuentran entre los más importantes beneficios indirectos para la gente (Hart, 1995).

Así, a los animales de compañía se les atribuye un efecto de lubricante social, el cual se refiere a la habilidad de las mascotas para catalizar relaciones sociales entre personas, ayudando a “romper el hielo” e iniciar diálogos (Serpell, 2000). Por un lado, se ha propuesto que los animales, y principalmente los perros, proveen un foco común no amenazante de interacción entre extraños o conocidos casuales, de manera similar a como sucede con otros ítems controlados por las personas en espacios públicos (Sanders, 1998). Por otro lado, se ha destacado que en las sociedades donde la tenencia de mascotas es mayormente aceptada y difundida, tiende a considerarse que esta práctica refleja características sociales positivas en los custodios (Paul, 2000).

En este sentido, se encontró que los perros exponían a las personas a encuentros con extraños en lugares públicos y facilitaba el establecimiento de confianza entre ellos (Robins, Sanders, & Cahill, 1991), incrementando las interacciones sociales, principalmente con desconocidos (McNicholas & Collis, 2000). Adicionalmente, se evidenció que los custodios

de perros de compañía —al menos los hombres— incrementarían sus contactos sociales casuales, su atractivo y su éxito al abordar mujeres jóvenes en la calle (Guéguen & Ciccotti, 2008; Tifferet, Kruger, Bar-Lev, & Zeller, 2013).

Es decir, los animales se configuran como una fuente particular de apoyo social para sus custodios, altamente efectivos para disminuir los efectos del estrés. Esto favorecería el acercamiento hacia los animales y el desarrollo de un vínculo afectivo. Adicionalmente, los animales fortalecen el capital social de sus custodios, a partir de favorecer los intercambios sociales.

b) Teoría del Apego

Esta teoría fue inicialmente desarrollada por el psicólogo y psiquiatra inglés John Bowlby (1969) para describir las relaciones entre los padres y los niños pequeños, así como el deseo de brindar protección y cuidados nutricios. La Teoría del Apego se encuentra hoy entre las teorías más influyentes acerca del desarrollo psicológico, permitiendo, a su vez, describir las dinámicas relacionales entre las personas y, ocasionalmente, entre personas y sus animales de compañía (Díaz Videla, 2017a).

De acuerdo con la propuesta de Bowlby, los humanos, como muchos animales, están biológicamente predispuestos para buscar y mantener contacto físico y conexión emocional con figuras selectas que se vuelven familiares, a las que se les confía protección física y

psicológica (Sable, 2013). Los comportamientos de búsqueda de proximidad fueron diseñados a través del curso de la evolución para asegurar la cercanía física y disponibilidad emocional de figuras de apego cuando fueran necesarias, las cuales se configuran como una base y refugio seguros. Durante la infancia, un apego seguro hacia un cuidador —frecuentemente, pero no necesariamente, la madre— le otorga la base segura desde la cual el niño puede explorar el ambiente, y sobre la cual, podrá formar vínculos duraderos, seguros e íntimos en la adultez; en caso de incrementarse la tensión, el niño podrá volver para refugiarse en esta figura, quien le brindará alivio (Borgi & Cirulli, 2016; Díaz Videla, 2017a).

Una figura de apego adulta para una persona puede ser un esposo, un miembro de la familia, un amigo cercano o bien una mascota; y en cualquiera de estos casos cuando la accesibilidad a la figura se vea amenazada se evocarán respuestas de protesta y medidas para evitar la separación, y la pérdida permanente evocará dolor y duelo (Sable, 2013). Si bien inicialmente la aplicación de esta teoría al vínculo humano-animal generó polémicas, hoy se considera que hay evidencias suficientes para fundamentarla.

Por un lado, se evidenció que los custodios se configuraban como figuras de apego para sus animales. Para esto se utilizó el procedimiento llamado La Situación Extraña (Ainsworth, 1969; Ainsworth & Bell, 1970). Originalmente, este consiste en introducir un

niño de alrededor de un año y a su madre en un cuarto experimental lleno de juguetes, monitoreando durante 20 minutos las respuestas del pequeño frente a la separación y reunión con su progenitora, quien debe seguir una serie de pasos en los que se le solicitaba oportunamente salir y entrar a la habitación. Además, se incorpora por momentos la presencia de un adulto extraño al niño y se evalúa cómo esto influye en su comportamiento. En sus adaptaciones para emplear con perros (Palmer & Custance, 2008; Prato-Previde, Custance, Spiezio, & Sabatini, 2003; Topál, Miklósi, Csányi, & Dóka, 1998) los investigadores introdujeron a estos animales y a sus custodios en una habitación con juguetes caninos, y siguieron el protocolo de pasos de salida y entrada del custodio y del extraño. Los resultados fueron similares a los encontrados en las interacciones entre los niños y sus madres:

i) Los perros exhibían diversos comportamientos de apego como la búsqueda y mantenimiento de proximidad cuando eran separados de sus custodios. Por ejemplo, seguir, rascar y saltar junto a la puerta de salida de la habitación, mantenerse orientados hacia dicha puerta o hacia la silla vacía del custodio, así como vocalizaciones.

ii) Los perros exploraban y jugaban más en presencia de sus custodios que en presencia del extraño (i.e., base segura).

iii) Los perros tendían a aceptar jugar con el extraño presente en la habitación en mayor

medida cuando también estaba presente su custodio.

iv) Los perros recibían a sus custodios con más entusiasmo que a los extraños durante los episodios de reencuentro.

Los autores concluyeron que, en tanto los fenómenos comportamentales observados resultaban similares a los descritos en interacciones madre-hijo, la relación perro-custodio resultaba análoga en cuanto a los comportamientos de apego (Díaz Videla, 2017a).

Por otro lado, se mostró que los perros podían funcionar como figuras de apego para sus custodios. Entre las investigaciones más sólidas realizadas en este sentido se encuentran las llevadas a cabo por Zilcha-Mano, Mikulincer y Shaver en 2011 y 2012. En el primer estudio, los autores evidenciaron que las diferencias entre apego ansioso y evitativo también se manifestaban hacia los perros y gatos, y que el tipo de apego hacia estos contribuía singularmente a la predicción de las expectativas sobre el animal y de las reacciones emocionales frente a su muerte. Estas expectativas se podían explicar exclusivamente a partir del estilo de apego a la mascota y no por el estilo de apego en relaciones humanas. De este modo, los custodios con apego inseguro a sus mascotas tendían a ver más características negativas o problemáticas en estas, a desconfiar de sus intenciones y a esperar que ellas no estén disponibles, ni sean sensibles frente a sus necesidades.

En el segundo estudio, los investigadores

evidenciaron que la presencia física de las mascotas, y también su evocación mental, hacían que sus custodios registraran más logros alcanzados durante sus vidas, incrementaban la autoconfianza en la consecución de logros futuros y disminuían la presión arterial frente a una tarea estresante. Todo esto, permitió a los autores concluir que el vínculo humano-animal se configuraba como un vínculo de apego, donde los animales podían proveer refugio y base segura moderando las inseguridades, favoreciendo la confianza y brindando alivio. Siendo que, a su vez, el tipo de apego hacia la mascota moderaba estos efectos.

A estas evidencias se incorporaron los desarrollos sobre las respuestas neuroendocrinas en interacciones humano-perro, las cuales constituirían el correlato biológico del vínculo. Según se ha evidenciado, el apego emocional hacia otras especies se basa en los mecanismos neurohormonales que evolucionaron para facilitar las relaciones sociales con otros humanos (Herzog, 2014). El neuropéptido oxitocina ha sido destacado con un rol central en las bases neurológicas de los comportamientos prosociales que facilitan las relaciones entre individuos. Y múltiples estudios evidenciaron incrementos en niveles de oxitocina tanto en humanos como en perros como consecuencia de sus interacciones y vínculos (e.g., Handlin, Nilsson, Ejdeback, Hydbring-Sandberg, & Uvnas-Moberg, 2012; Odendaal & Meintjes, 2003).

El estudio más famoso al respecto fue un

experimento doble llevado a cabo por Nagasawa et al. (2015). En este se evidenció la existencia de un bucle de retroalimentación positiva mediado por oxitocina, facilitado y modulado por la mirada recíproca, en el vínculo humano-perro. Es decir que las manifestaciones del custodio y del perro ligadas al apego generaban manifestaciones en la otra parte, que a su vez retroalimentaban la situación, incrementando los niveles de oxitocina en ambos. Y en este circuito la mirada tenía un rol central. Curiosamente, estos incrementos en las concentraciones de oxitocina no se evidenciaban al evaluar las interacciones entre custodios y lobos mascotas.

Finalmente, la aplicación de esta teoría al vínculo humano-animal recibió apoyo a partir de las evidencias de reacciones de duelo en los custodios frente a la muerte de sus mascotas. Empíricamente se halló que la experiencia de duelo era similar a la provocada por la pérdida de un vínculo humano, pero con el agregado de la falta de apoyo social (Gerwolls & Labott, 1994). Incluso el estudio planteado por Adams, Bonnett, y Meek (2000) halló que el 30% de los custodios que habían perdido a sus animales recientemente experimentaba síntomas severos de duelo. Adicionalmente, se evidenció que la gravedad de los síntomas se encuentra en clara asociación con la intensidad de apego del tenedor hacia su animal de compañía (Wrobel & Dye, 2003).

Es decir, existe sobrada evidencia respecto de la pertinencia del concepto de apego para explicar los vínculos humano-animal: los

fenómenos comportamentales observados en interacciones custodio-perro similares a los descritos en interacciones madre-hijo; las manifestaciones de estilos de apego (i.e., ansioso y evitativo) hacia perros y gatos, y las evidencias de que estas pueden proveer refugio y base segura; los correlatos neuroendócrinos ligados a variaciones en oxitocina tanto en perros como humanos; y las respuestas de duelo producidas como consecuencia de la pérdida de las mascotas.

c) Teoría de la Biofilia

Esta es una de las teorías más mencionadas acerca de por qué los humanos se interesan por los animales. Fue postulada por E. O. Wilson en 1984, y ha recibido un creciente apoyo de otros autores (ver Kahn, 1997; DeLoache, Bloom Pickard, & LoBue, 2011; para una crítica ver Joye & De Block, 2011).

El término biofilia literalmente significa “amor a la vida o cosas vivientes” (Fine & Mackintosh, 2016) y hace referencia a la asociación instintiva que los humanos tienen con el mundo natural. Es decir, implica que el deseo humano y su inclinación a prestar atención y conectarse con animales son una tendencia biológica (Wilson, 1984).

Si bien esta teoría fue concebida originalmente para explicar las relaciones humanas con la naturaleza, frecuentemente es usada para explicar las relaciones humanas con los animales. Puede ayudarnos a entender por

qué sentimos una conexión emocional y compasión hacia un animal herido, o bien, el temor a un animal amenazante (Fine & Mackintosh, 2016). Y la tenencia de mascotas parecería ser una manifestación obvia del concepto de biofilia (Herzog, 2014).

Para Wilson, esta tendencia innata ha ayudado a los humanos a sobrevivir. Sin esta relación armónica con la naturaleza, los humanos no podrían distinguir lo que es seguro y lo que puede ser peligroso. La supervivencia implica estar más sincronizado con la naturaleza para que como especie, los humanos puedan saber buscar refugio, reconocer lo que es seguro comer y mantenerse a salvo (Fine, 2019).

No se trataría de un único instinto sino más bien un conjunto de reglas de aprendizaje que movilizan una variedad de reacciones emocionales ante los animales que son moldeadas por la cultura (Wilson, 1993). En este sentido, un estudio reveló que niños entre uno y tres años expuestos a juguetes interesantes y pequeños animales se inclinaban a pasar más tiempo interactuando con los animales y hablando sobre ellos. Pero, además, en este estudio, los padres de los niños tendían a dirigir la atención de los pequeños hacia los animales (LoBue, Bloom Pickard, Sherman, Axford, & DeLoache, 2013).

La biofilia alude a un determinado tipo de atención selectiva que hace foco en otras formas de vida, lo cual no es inherentemente positivo ni negativo. Los sentimientos

moldeados por estas reglas de aprendizaje se ubican en un espectro emocional diverso: desde la atracción a la aversión, del asombro a la indiferencia, de la tranquilidad al miedo y la ansiedad (Amiot & Bastian, 2015). Claramente los humanos tienen asociaciones tanto positivas como negativas con la naturaleza, y ciertas predisposiciones biológicas también pueden propiciar el distanciamiento de determinados animales. El término biofobia alternativamente puede ser utilizado, aunque se considera que biofilia se refiere tanto a las asociaciones positivas como negativas (Kahn, 1997).

Consistentemente con esto, la mente humana parece estar configurada para pensar a los animales de manera diferente a como se piensan los objetos inanimados. Esto sugiere que parte del cerebro evolucionó para especializarse en el procesamiento de la información ligada a los animales (Martens et al., 2016). Se mostró empíricamente que la atención visual incluye un sistema especializado para monitorear animales permanentemente, que hace, por ejemplo, que las personas se muestren más efectivas para detectar cambios en animales que en objetos inanimados, inclusive vehículos (New, Cosmides & Tooby, 2007).

Diversos estudios demostraron la propensión general hacia los animales, así como un incremento en las conductas sociales en presencia de animales, desde la primera infancia. La investigación de LoBue y DeLoache (2008) reveló que bebés de entre 7 y 18 meses tenían una tendencia espontánea a asociar serpientes

con miedo. Además, tanto los adultos como los niños eran más veloces para detectar imágenes de serpientes entre diversos distractores, que imágenes de seres no amenazantes como ranas, flores y orugas.

Es decir, los seres humanos cuentan con una afinidad innata por el mundo vivo, que los lleva a interactuar y formar apegos emocionales con otras formas de vida. Esta tendencia, constituida por reglas de aprendizaje modeladas por la cultura, se le llamó biofilia, y la tenencia de mascotas puede considerarse como una de sus manifestaciones.

Factores asociados al vínculo humano-animal

Sobre la base de estas teorías pueden asentarse diversos constructos, frecuentemente conceptualizados en la literatura científica como factores intervinientes en la vinculación con animales. Estos desempeñan un papel central en el interés humano hacia los animales, y dan cuenta de la afinidad y las motivaciones para la formación de un vínculo. Respetaremos inicialmente la propuesta de Fine (2014; 2019) para luego ampliarla. La misma incluye: (1) el antropomorfismo, (2) la dependencia de los animales, (3) la integración de estos en las rutinas, y (4) los beneficios de la relación. Cada factor resulta complejo, en tanto se compone de diversos constructos que, a su vez, son aspectos inherentes al vínculo humano-animal. Además, estos factores se encuentran interrelacionados entre sí.

(1) Antropomorfismo

Una característica importante ligada a la adopción de mascotas se encuentra en relación con la atribución de procesos mentales a los organismos parecidos a los humanos (i.e., antropomorfismo). Esta consiste en una interpretación —y a veces, malinterpretación— de ciertas conductas que son parecidas a las humanas (Fine, 2019). El antropomorfismo puede ser definido como la tendencia a imbuir los comportamientos reales o imaginados de los agentes no humanos con características, motivaciones, intenciones o emociones humanas (Epley, Waytz, & Cacioppo, 2007) y es un rasgo casi universal entre los dueños de los animales de compañía (Serpell, 2003).

Las personas se representan las emociones de sus animales de compañía de un modo parcialmente similar al humano, y estas similitudes pueden reflejar antropomorfismo y/u homologías en la expresión de estados emocionales (Konok, Nagy, & Miklósi, 2015). Sea que un animal tenga efectivamente los estados mentales atribuidos o no, el antropomorfismo es frecuentemente una estrategia útil para explicar patrones de eventos y así incrementar la habilidad de predecir eventos futuros (Bonas, McNicholas, & Collis, 2000). De modo que la capacidad humana de pensamiento antropomórfico habría representado inicialmente una ventaja evolutiva para el Homo sapiens al hacer más efectivas sus interacciones con los animales (e.g., en cacería; Serpell, 2003),

y a su vez, habría permitido el surgimiento de la práctica de tenencia de animales de compañía (Serpell & Paul, 2011) y de los vínculos con estos.

Los custodios toman la evidencia que tienen a su alcance para definir a sus animales como poseedores de mentes, vidas emocionales, personalidades únicas y gustos fácilmente identificables —de manera bastante parecida a como las personas sin discapacidad construyen la identidad de los otros humanos íntimos con capacidades severamente limitadas (Sanders, 1993). De este modo, los custodios creen que sus animales genuinamente los aman o admiran. Sin este sistema de creencias, la relación que la mayor parte de las personas tiene con sus animales esencialmente no tendría sentido (Serpell, 1996).

El antropomorfismo provee la posibilidad de utilizar a los animales como fuentes alternativas de apoyo social, y los recursos para beneficiarse emocional y físicamente de esto (Serpell, 2003); y las personas tienden a mayor antropomorfismo de sus animales en la medida en que estos satisfacen más intensamente sus necesidades sociales (McConnell et al., 2011). Además, se encontró que el antropomorfismo se correlaciona con relaciones humano-animal percibidas como más exitosas, en tanto se asocia con mayor percepción de beneficios y menor percepción de costos derivados de la relación (Díaz Videla, 2017b).

Si bien se encontró que los sentimientos

de soledad —crónica o inducida— se asocian con una mayor tendencia al antropomorfismo de animales de compañía (Epley, Akalis, Waytz, & Cacioppo, 2008), el antropomorfismo es inherente al vínculo. De modo que no se sostiene en carencias relacionales. Así, se encontró empíricamente que mientras la mayor proximidad emocional hacia la mascota se relaciona con atribuirle emociones más empáticas, este mayor antropomorfismo no se ligaría a menor cercanía o apoyo de agentes humanos (i.e., no percibían a sus mascotas en términos más empáticos debido a que carecían de proximidad con sus familiares o amigos; McConnell et al., 2011). Es decir, los vínculos humano-animal intensos cuentan con mayor antropomorfismo, sea o no que los custodios tengan una red social humana amplia. De este modo, las personas tienen mayor tendencia al antropomorfismo cuanto más tiempo hace que tienen a sus animales (Dotson & Hyatt, 2008), y las personas más apegadas emocionalmente a estos tienden a atribuirles más características humanas (Boya, Dotson, & Hyatt, 2012).

Al igual que sucede con los otros factores, el posicionamiento antropomórfico puede conducir tanto a relaciones humano-animal sanas como patológicas (Fine, 2019). El antropomorfismo puede incrementar la sensibilidad respecto del bienestar percibido de los animales, haciendo menos probable que estos sean ignorados o desestimados. Por otro lado, la tendencia opuesta al antropomorfismo es la deshumanización, la cual conduce a evitar la

implicación social con el otro, y la preocupación por su bienestar (Serpell, 2019). Si la relación con las mascotas se basara en la deshumanización, no habría vínculo posible y la relación tendría mayor tendencia a interrumpirse. Por ejemplo, los dueños no tienden a atribuir tantas características antropomórficas a los peces y los reptiles, y esto los vuelve más susceptibles de ser fácilmente abandonados o descartados (Hirschman, 1994).

Ahora bien, si esta preocupación por el bienestar de sus animales de compañía refleja o no de manera apropiada y objetiva la calidad de vida del animal es algo cuestionable. Es claro que las distintas especies tienen intereses y capacidades cognitivas diferentes a las humanas. De modo que usar como guía un modelo humano o un modelo similar al de un niño en algún punto conducirá a malentendidos (Serpell, 2019). Sobre este punto se focalizan las condenas y la patologización de este factor del vínculo, las cuales parecen omitir los aspectos beneficiosos y, sobre todo, que se trata un factor inherente al vínculo humano-animal.

(2) Dependencia de los animales

Las personas tienden a destacar lo dependientes de ellos que son sus animales, y en tanto los consideran amigos y familia, están dispuestos a proveerles los cuidados necesarios (Fine, 2019). Los seres humanos son sociales por naturaleza y —al igual que sucede en otros animales, como los perros— establecen relaciones de parentesco, donde cada individuo

asume roles particulares y donde el grupo tiende a cuidar a los más jóvenes (Gerzovich Lis, 1998).

Esto se enlaza directamente con la Teoría del Apego (Bowlby, 1969), según la cual los humanos tienen la necesidad de cuidar a otros, como sucede con las mascotas. Los animales de compañía presentan características similares a los niños dentro del hogar. De esta manera, más de la mitad de los custodios de perros tienden a indicar que estos son como hijos para ellos (Díaz Videla, 2017a).

Los animales de compañía tienen características que hacen que el animal parezca entrañable y necesitado de cuidados parentales. La ternura es considerada una medida común de atracción hacia un estímulo, especialmente a aquellos asociados con infancia y juventud (Borgi & Cirulli, 2016). Un estudio registró los acercamientos de personas a un cachorro de Golden Retriever desde su semana 10 a su semana 33: Los acercamientos fueron más numerosos cuando el cachorro era más joven. Las mujeres se acercaron más que los hombres durante la primera mitad del muestreo, y las proporciones se igualaron durante la segunda mitad (Fridlund & MacDonald, 1998).

Los humanos tienen una atracción innata por todo lo que tenga apariencia de cría. La misma se basa en el llamado esquema infantil, el cual fue inicialmente descrito por el etólogo Konrad Lorenz como un conjunto de características faciales (i.e., ojos y frente

grandes, cara redondeada, nariz y boca pequeñas) susceptible de evocar respuestas afectivas y de cuidado hacia los niños pequeños, incrementando la probabilidad de supervivencia de la descendencia (Lorenz, 1943). Estas características funcionarían como liberadores de instintos maternos, en tanto automáticamente hacen aflorar impulsos parentales (Herzog, 2012). A esto se le llamó respuesta a lo adorable (cute response; Serpell, 2003), y en tanto la atracción hacia el aspecto de bebé es tan fuerte, también es activada por los jóvenes de otras especies (Serpell, 1996).

La idea de que las respuestas humanas a las características infantiles no se limitan a conoespecíficos fue propuesta originalmente por Lorenz y luego demostrada por diversos estudios empíricos (Borgi & Cirulli, 2016), donde también se evidenció que estas respuestas surgen temprano durante el desarrollo humano. Un estudio realizado con niños entre 3 y 6 años mostró que estos asignaban mayores puntajes de atractivo (medida explícita) y miraban por más tiempo (medida implícita) imágenes de cachorros humanos, de perros y de gatos en comparación con imágenes de adultos (Borgi, Cogliati-Dezza, Brelsford, Meints, & Cirulli, 2014). Adicionalmente, se encontró empíricamente que los rostros de niños humanos resultaban igual de atractivos que los de los cachorros de perros y gatos (Archer & Monton, 2011).

Si bien aun en estado natural algunos

animales como los lobos exhiben características que los hacen atractivos para los humanos, y favorecen el antropomorfismo y la adopción como mascotas, es indudable que los rasgos infantiles fueron incrementados durante la domesticación y cría selectiva, intensificando estos efectos (Hirschman, 1994; Serpell, 1996). Una de sus consecuencias, a partir de buscar mayor docilidad, ha sido la retención de rasgos juveniles en la adultez, conocida como neotenia. Así, un efecto fundamental de la selección artificial en la evolución de los animales de compañía ha sido acentuar esas características morfológicas y conductuales que elicitaban respuestas emocionales intensas (Serpell, 2019). En comparación con sus ancestros, los perros domésticos son más pequeños, tienen hocicos más cortos, cráneos más chicos, y muestran conductas más típicas de lobos jóvenes (e.g., ladridos, quejidos y búsqueda de atención). Muchas de las características que los humanos han seleccionado por razones estéticas en algunas razas, tienen consecuencias negativas para su bienestar. Sin embargo, al volverlos más dependientes, resultan más atractivos para las personas.

Para Serpell (2019) los seres humanos incluso llegan a mostrar preferencia o mayor afinidad hacia animales con problemas físicos, enfermedades, discapacidades y problemas conductuales (e.g., ansiedad por separación). Por ejemplo, Sandøe et al. (2017) encontraron que los custodios de perros de razas que tienden a sufrir problemas de salud debidos a sus

características extremas (i.e., Bulldog francés, Chihuahua y Cavalier King Charles) tenían más apego a sus animales que los custodios de razas no afectadas (i.e., Terrier de mojón).

Es decir, la presencia de características infantiles, tanto físicas como conductuales, en los animales de compañía, fueron incrementadas durante la domesticación. Estas resultan un estímulo altamente biológico, rápido e inconsciente, que atrae la atención, elicitando conductas y emociones positivas, incluyendo la voluntad para brindar cuidados. Esta atracción se activa en ambos sexos desde edades muy tempranas. Sobre esta base, la tendencia humana a brindar cuidados se asocia con la actitud dependiente de nuestros animales, la cual se ha intensificado aún hasta puntos incapacitantes en algunas razas. De modo que este factor incluye tanto la dependencia animal como la tendencia humana a brindar cuidados nutricios, y así lo referiremos.

(3) Integración en las rutinas

En las últimas décadas nuestros animales han dejado los patios y jardines para adentrarse en los hogares y dormitorios, y convertirse en parte integral de la vida familiar (Fine, 2019). Las familias se ven modificadas para incorporar integrantes no humanos, a partir de interacciones cercanas dadas en la cohabitación del hogar familiar, sostenidas por reglas y rutinas delineadas tanto por las personas como por sus animales (Power, 2008).

Las relaciones se componen de patrones

interactivos y rutinas (Sanders, 2003), y la calidad de una relación depende en gran medida de los efectos directos de las interacciones diarias entre los individuos implicados. Una relación humano-animal funcional refleja una sincronización de los patrones interactivos entre ambos (Rehn, Lindholm, Keeling, & Forkman, 2014). Esta sincronización implica la voluntad humana para adaptarse al no humano (Dotson & Hyatt, 2008) y el cambio en el estilo de vida de un individuo, implicado en la adquisición de una mascota, permite suponer una extensión de su red de relaciones (Harker et al., 2000).

Los dueños de mascotas suelen reconocer que estas les cambiaron la vida, pero que las consideran dignas de sacrificios. Estas personas refieren sentirse mejor debido a sus mascotas y estar dispuestos a cambiar sus vidas y horarios para acomodarse a estas (Belk, 1996).

Si bien los comportamientos interactivos entre humanos y mascotas usualmente se organizan de manera asimétrica y los humanos mayormente deciden cuándo comienzan y cuándo finalizan, los dueños perciben que entre ellos y sus animales tienen lugar actividades compartidas, y los consideran como socios y compañeros (Harker et al., 2000). El juego, la mirada recíproca y el acto de hablar por los animales —construcción y expresión de su perspectiva, ligada al antropomorfismo— son elementos de una interacción humano-animal amistosa, y resultan actividades centrales para el proceso por el cual los cuidadores establecen y

expresan conexiones intersubjetivas con sus animales (Sanders, 2003). Cuanto más integrada se encuentre la mascota en las actividades diarias de la persona, más cercana será la relación (McNicholas & Collis, 1995).

La casa tiene el propósito primario de ser el hábitat humano. Las mascotas son permitidas en las casas en la medida en que se adecúan a ciertos comportamientos y respetan ciertos límites. Otros animales (e.g., ratones, cucarachas) son activamente exterminados por ingresar a las casas. Así, el antropomorfismo se asocia con la permisividad de los animales en el hogar. Sin embargo, los custodios no ven a sus animales como completamente humanos, por lo que tienden a demarcar los límites respecto de los espacios permitidos y restringidos para estos animales, atribuidos con características antropomórficas, a la vez que considerados en sus características salvajes (Hirschman, 1994).

Sanders (1993) también destacó el rol del antropomorfismo en la integración de las mascotas. Él observó que en tanto los dueños consideraban que sus perros evidenciaban características esencialmente similares a las humanas, activamente incluían a sus animales en rutinas y rituales especiales. Los primeros incluían actividades en torno a la alimentación, juego y ejercitación del animal, etc., y los otros incluían rituales como la celebración del cumpleaños de este. Estas inclusiones expresan amor y compromiso hacia los animales de compañía, en contextos de celebración,

proveyendo identidad social y sentido de unidad a estas familias humano-animal (Dresser, 2000).

La noción de familia interespecífica implica, por un lado, la adecuación del animal hacia las expectativas humanas de comportamiento apropiado para la familia y el hogar. Y, por otro, los esfuerzos de los humanos por incluir al animal como tal en las rutinas y prácticas diarias. En este proceso, el accionar autónomo y el carácter de los animales opera como organizador activo que ayuda a delinear la vida familiar (Power, 2008).

Es decir, las interacciones cercanas con los animales de compañía, dadas en la cohabitación del hogar, posibilitan el establecimiento de vínculos. En estos, los animales son incorporados en rutinas y rituales de la vida familiar. De modo que es posible considerar que la integración del animal se da a nivel de la vida familiar y no solo de las rutinas. Si bien el antropomorfismo favorece esta incorporación, los animales manifiestan sus características activamente, y los humanos realizan esfuerzos por incorporarlos como tales, redefiniendo la familia. Así, redefiniremos este factor como *Integración en la vida familiar*.

(4) Beneficios de la relación

El desarrollo sin precedentes de investigación reciente en antrozoología produjo un veloz crecimiento de nuestro conocimiento acerca de los beneficios procedentes de la tenencia e interacción con animales de compañía (McCune et al., 2014). Este fue uno de los temas

centrales que ha recibido mayor interés y número de publicaciones dentro del área en los últimos años (Hosey & Melfi, 2014).

Los beneficios de la tenencia de mascotas respecto de la salud y bienestar de las personas han sido ligados a efectos fisiológicos, psicológicos y sociales, destacando el valor tanto preventivo como terapéutico de los animales de compañía (ver Wells, 2007, 2009).

En la Tabla 1 se consignan algunas investigaciones frecuentemente renombradas. La idea de que vivir con un animal puede tener una influencia positiva en la salud humana, el bienestar psicológico y aportar a la longevidad ha sido llamada *efecto mascota* (Allen, 2003).

Tabla 1. Efectos positivos de la tenencia de mascotas en la salud y bienestar humano

Efecto	Estudios
Mayor sobrevivencia después de infartos	Friedmann, Katcher, Lynch, & Thomas, 1980; Friedmann & Thomas, 1995
Menores niveles de presión sistólica, colesterol y triglicéridos	Anderson, Reid, & Jennings, 1992
Reducción en niveles de presión arterial al realizar una tarea estresante en presencia de un perro, al acariciar al animal y en reposo.	Allen et al., 2001, 2002; Friedmann, Thomas, Cook, Tsai, Picot, 2007; Friedmann et al., 1983; Vormbrock & Grossberg, 1988
Menor cantidad de consultas médicas realizadas y de problemas médicos no complejos.	Headey & Grabka, 2007; Serpell, 1991; Siegel, 1990
Mayores medidas de bienestar percibido, menor percepción de estrés y de sentimientos de soledad	Krause-Parello & Gulick, 2014; Lee & Chai, 2015; Zasloff & Kidd, 1994
Mayor autoestima, menor sensación de abatimiento y mayor percepción de capacidad y autoeficacia	Covert, Whiren, Keith, & Nelson, 1985; Zilcha-Mano et al. 2011, 2012
Incremento y facilitación de interacciones sociales	Charles & Davies, 2008; Guéguen & Ciccotti, 2008; Hart, Hart, & Bergin, 1987; McNicholas & Collis, 2000; Robins et al., 1991; Wells, 2004; Wood, Giles-Corti, Bulsara, & Bosch, 2007

Beetz et al. (2012) realizaron una revisión de las investigaciones en este campo, destacando que las mismas han documentado efectos en humanos de distintas edades, con o sin condiciones médicas o psicológicas particulares, con beneficios en comportamientos sociales, interacciones interpersonales y humor; parámetros relacionados con el estrés como el cortisol, frecuencia cardíaca y presión arterial; autoevaluaciones de miedo y ansiedad; y salud mental y física, especialmente enfermedades cardiovasculares. De todas formas, deben considerarse factores moderadores que pueden explicar las condiciones bajo las cuales los animales se asocian con más salud y bienestar en los seres humanos (Martens et al., 2016). Por ejemplo, algunas circunstancias vitales que hacen surgir necesidades de acompañamiento pueden ser aliviadas por las mascotas, como cuando una enfermedad reduce la movilidad de las personas (Allen & Blascovich, 1996), cuando estas tienen acceso limitado a fuentes de apoyo social (Allen et al., 2001) o cuando viven solas (Zasloff & Kidd, 1994). Por otro lado, en situaciones que involucran problemas financieros o una salud muy debilitada, la presencia de un animal podría convertirse en un agravante (Ory & Goldberg, 1983; Siegel, 2011).

A su vez, como sucede con los vínculos humanos, el vínculo humano-animal tiene tanto elementos positivos como negativos (Sanders, 2003). Entre estos últimos se destacan los riesgos de contraer zoonosis, alergias, los daños

zoonóticos como mordeduras y rasguños (y las infecciones derivadas), los costos financieros, el tiempo que implica su cuidado, restricciones en el estilo de vida, molestias ligadas a la limpieza, preocupaciones por comportamientos antisociales o destructivos de las mascotas, y sufrimiento emocional como el observado frente a la muerte de las mascotas (Bonas et al., 2000; Plaut, Zimmerman, & Goldstein, 1996).

Netting, Wilson y New (1987) propusieron que, de manera similar a como sucede en los vínculos humanos, las personas realizan un balance entre los costos y los beneficios derivados de las relaciones con sus animales de compañía. Estos autores se basaron en la Teoría del Intercambio Social (Blau, 1964), según la cual, las personas calculan el valor total de una relación sustrayendo los costos percibidos a los beneficios percibidos (i.e., Valor = Beneficios – Costos). El valor de la relación puede resultar positivo o negativo y así será considerado el vínculo.

En tanto las personas evalúan costos y beneficios por separado, ambas dimensiones no se neutralizan, ni se correlacionan. Es decir que el incremento de una no implica una disminución de la otra. De esta forma, las relaciones humano-animal solo serían mantenidas cuando los costos y los beneficios percibidos estén equiparados, o bien cuando los últimos superen los primeros. Esto ayudaría a dar cuenta de por qué las personas pueden decidir finalizar estas relaciones. El factor

antropomorfismo sí se relaciona con ambas dimensiones: se liga a menor percepción de costos y a mayor percepción de beneficios. De esta manera, pensar a los animales en términos humanos incrementa los beneficios emocionales derivados; y viceversa, en tanto se ve reforzado por los beneficios; pero, además, el antropomorfismo relativiza los costos del vínculo humano-animal al compararlos con los derivados de vínculos humanos (Díaz Videla, 2017b).

Para Archer (1997) si bien el vínculo humano-animal se quebrará cuando los costos de los animales se vuelvan demasiado grandes, el vínculo podría mantenerse más allá del punto en el que los costos excedan a los beneficios. Este autor se basa en las disposiciones humanas para brindar cuidados y los rasgos de esquema infantil de los animales que los elicitan. Esta perspectiva, que considera la tenencia de mascotas como una conducta desadaptativa, ha recibido múltiples cuestionamientos, donde se destaca el vínculo humano-animal como un caso de mutualismo, y su valor adaptativo para humanos y animales (Díaz Videla, 2014; Serpell, 1996). De todas formas, en este factor de balance, es la percepción de beneficios y de costos que realiza el humano lo que está en cuestión. Esta percepción no se basa en un sentido darwiniano de incremento de la aptitud, sino en una percepción de bienestar subjetiva.

Es decir, al igual que los vínculos humanos, el vínculo humano-animal conlleva tanto beneficios como costos que impactan en la

salud y bienestar de sus participantes. De modo que en este factor debemos considerar los costos y el balance entre costos y beneficios. Los custodios considerarán los vínculos con sus animales como positivos cuando sus beneficios percibidos excedan los costos. Caso contrario, serán considerados negativos y peligrará su continuidad relacional. De todas formas, los custodios tienden a considerar el vínculo con sus animales como beneficioso y poco demandante, sobre todo cuando lo comparan con sus vínculos con otros humanos. Así, redefiniremos este factor como Balance costo-beneficio.

Discusión y conclusiones

Los vínculos íntimos y especiales que los custodios y sus animales despliegan, sin dudas, resultan fenómenos complejos. Es claro que en estos se da el interjuego de múltiples factores interrelacionados y que ninguno de ellos en sí mismo puede dar cuenta del fenómeno. Algo similar sucede con las teorías aplicadas al vínculo humano-animal, las cuales deben ser integradas por los factores, y relacionadas entre sí, para tener una visión más completa y abarcativa del fenómeno.

La coevolución entre humanos y animales ha sido observada a través de todas las culturas y contextos. De esta manera, es posible afirmar que se trata de un sistema incorporado a los humanos de manera universal (Martens et al., 2016). Ahora bien, es evidente que las características específicas de nuestras relaciones con los animales varían entre culturas y a través

de los distintos períodos históricos. Por ejemplo, un estudio realizado en 60 culturas destacó algunas similitudes, pero amplias diferencias entre culturas respecto de la tenencia de mascotas, tanto en interacciones positivas como negativas en cuanto hábitos de cuidado, como en funciones; por ejemplo, como miembros de las familias o alimento (Gray & Young, 2011). Así, para algunos autores (e.g., Herzog, 2014) no puede afirmarse que el amor hacia las mascotas sea una característica innata de la naturaleza humana.

Sin embargo, la influencia genética en la tenencia de mascotas es indudable. Un estudio realizado a partir de comparaciones entre gemelos mono y dicigóticos mostró que la tenencia de perros de compañía responde en gran medida a un componente genético. Se estimó que la genética era responsable por el 57% de las mujeres y por el 51 por ciento de los hombres que tenían perros (Fall, Kuja-Halkola, Dobney, Westgarth, & Magnusson, 2019).

Es evidente que la tenencia de mascotas y los vínculos con estas resultan una mezcla tanto de predisposiciones innatas como de aprendizajes sociales. De manera similar a como Wilson (1993) sostuvo respecto de la biofilia, se basaría en un componente instintivo-emocional moldeado por la cultura. De modo que la influencia sociocultural puede ser considerada un quinto factor adicional al modelo de Fine (2014). Este estaría compuesto por las experiencias tempranas directas con animales, el

modelado a partir de figuras significativas y el contagio social.

En principio, se encontró que el contacto con los animales, especialmente con las mascotas, moldea las actitudes hacia los animales durante la vida adulta (Serpell, 1999). Por ejemplo, la tenencia de mascotas, así como el tipo de mascota elegido durante la adultez, se asocian fuertemente con la historia de tenencia de mascotas durante la infancia (Schvaneveldt, Young, Schvaneveldt, & Kivett, 2001). Además, las personas que tuvieron mascotas durante su niñez tienden a estar más apegados emocionalmente a estas durante la adultez (Kidd & Kidd, 1989).

Adicionalmente, se ha destacado el rol de los procesos de modelado a partir de figuras significativas, como padres y maestros, en la formación de actitudes y en los comportamientos que se adoptan hacia los animales. Por supuesto que el modelado se ejerce tanto en lo que respecta a interacciones positivas, de valoración y cuidados, como negativas, perpetuando actos de maltrato y crueldad.

En sentido positivo, un estudio que indagó a un grupo de estudiantes de veterinaria sobre las figuras que habían influido en la formación de sus actitudes hacia los animales, el 72% refirió la influencia de sus padres y de sus mascotas (Serpell, 2005). En otro estudio, se indagó a un grupo de adolescentes que se desempeñaban como voluntarios en programas de educación sobre la vida silvestre. Estos

jóvenes refirieron que las experiencias tempranas con los padres actuando como modelos al interactuar positivamente con sus mascotas habían ejercido una influencia notoria sobre ellos (Kidd & Kidd, 1997). En sentido negativo, algunos estudios mostraron que las experiencias de maltrato infantil y violencia doméstica se asociaban con haber sido testigos o perpetrado crueldad hacia animales (DeGue & DiLillo, 2008), y que haberse criado en hogares donde se descuidaba o maltrataba a las mascotas se asociaba con una tendencia a mostrar más aceptación hacia el maltrato animal (Raupp, 1999).

Finalmente, la evolución cultural dada a partir de las tendencias sociales en términos de popularidad y modas puede crear el deseo de vivir con animales. Herzog (2006) y Herzog, Bentley y Hahn (2004) plantearon que la influencia mutua ejercida por las personas en grandes poblaciones puede explicar los cambios en la popularidad de razas de perros. Esta perspectiva destaca el valor de la transmisión social como una fuerza dominante en la evolución humana que ayuda a explicar la tenencia de mascotas y los vínculos con estas. De esta forma, podemos redefinir el modelo de Fine (2014; 2019), ampliando los factores e incorporando un factor adicional. Así, el vínculo humano-animal puede concebirse a partir de la interrelación de cinco factores que lo motivan: (1) antropomorfismo; (2) dependencia/cuidados nutricios; (3) integración a la vida familiar; (4) balance costo-beneficio; y (5) influencia

sociocultural. Estos factores se asientan en las teorías del apoyo social, del apego y de la biofilia (ver Figura 1).

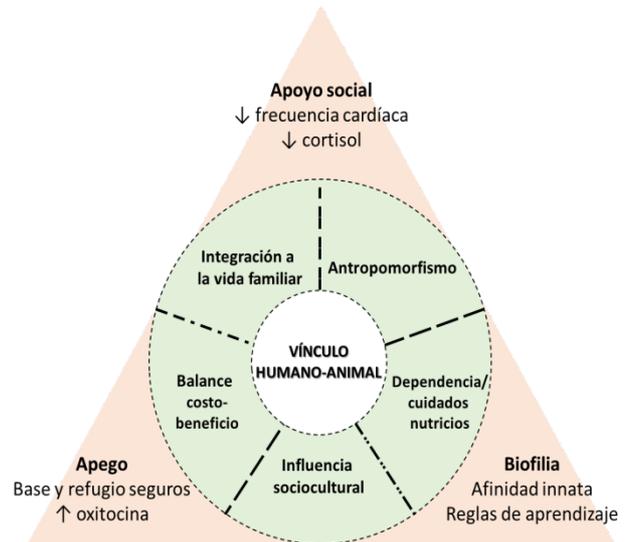


Figura 1. Modelo integrativo de factores motivacionales y teorías propuestas para entender el vínculo humano-animal

Ahora, si bien hay un acuerdo generalizado respecto de que el vínculo humano-animal resulta mutuamente beneficioso e incluye componentes de bienestar, es claro que no hace referencia explícita al amor que humanos y animales comparten. ¿Qué clase de amor es ese?.

Cirulli y Borgi (2016) propusieron que el vínculo humano-animal podía ser más adecuadamente comprendido bajo el concepto de amistad, en tanto implica funciones adaptativas y emocionales análogas a la amistad humano-humano. Aunque este término es frecuentemente considerado como un atributo distintivo de los seres humanos, puede ser intercambiable con el término vínculo social. La amistad puede definirse sobre la base de patrones interactivos y su calidad, es decir, entre amigos la frecuencia y

consistencia de las interacciones afiliativas son mayores que entre no amigos, y duran más. Para las autoras, las propiedades que definen una amistad se encuentran presentes en los vínculos humano-animal de compañía: intimidad, compañía, confianza, lealtad, preocupación por el bienestar del otro, tiempo compartido y mantenimiento del enlace entre pares luego de largas separaciones.

La Teoría del Apego ha sido aplicada a los vínculos de amistad, y La Teoría del Apoyo Social reflejaría estas funciones. Ahora bien, aunque la mayor parte de los factores destacados para el vínculo humano-animal están presentes en los vínculos entre amigos, el cuarto factor no corresponde a ambos. Si bien podemos considerar la ternura facial no simplemente como un liberador de conductas parentales, sino, de manera más amplia, como un rasgo que motiva el compromiso social, como sugieren Cirulli y Borgi (2019), la dependencia de los animales y los cuidados nutricios dan cuenta de un vínculo más bien asimétrico. Esto no se adecúa al concepto de amistad, sino que se ubica más bien en un terreno de parentalidad.

En este sentido, los custodios suelen ir más allá de la consideración de sus animales como amigos. El 90% tiende a considerarlos miembros de sus familias e incluso, frecuentemente, los refieren como hijos. Esto es, obviamente, una metáfora. Las personas no confunden a sus mascotas con su descendencia. El lenguaje de familia es el que utilizamos para

indicar conexiones significativas y duraderas. Si bien, eventualmente, los amigos más íntimos pueden ser considerados como hermanos haciendo uso del lenguaje familiar, los animales de compañía son considerados en términos fraternos fundamentalmente por los niños pequeños (Turner, 2005). De este modo, conceptualizar el vínculo humano-animal como una amistad no parece ser lo más adecuado. De todas formas, la clase de amor que se comparte en los vínculos íntimos de amistad, la cual lleva a ampliar las fronteras familiares para incluirlos, sí puede ser pensada de forma equivalente al amor hacia los animales de compañía, en tanto se produce el mismo efecto.

Fine y Mackintosh (2016) destacaron el uso del término *storge*. Este proviene del griego y remite a un tipo de amor especial. Es frecuentemente traducido como “amor de familia”, pero aplica tanto a los miembros de la familia, como los amigos íntimos o, en este caso, el vínculo entre custodios y sus animales. De modo que *storge* permite aludir a los vínculos sociales externos a las familias, pero que traspasan sus fronteras para ubicarse en su interior como sucede frecuentemente con nuestros animales.

Es posible que en idioma español no contemos con un término específico para dar cuenta de ese amor leal, desinteresado y familiar. En cualquier caso, la expresión amor de familia, parece reflejar el sentimiento de los custodios y —presumiblemente— los animales que

comparten un vínculo de apego.

En tanto los vínculos implican bidireccionalidad, debemos asumir la perspectiva del animal para poder afirmarlo. Es decir, debemos asumir que esta clase de amor es también sentida por nuestros animales. De momento, los estudios basados en neuroimágenes, correlatos neuroendócrinos y repuestas conductuales en perros nos permiten fundamentar que se trata de un amor compartido.

De este modo, el vínculo humano-animal puede ser redefinido como una relación dinámica y mutuamente beneficiosa, basada en sentimientos bidireccionales de amor familiar, que es influenciada por comportamientos esenciales para la salud y el bienestar de humanos y los otros animales que lo comparten.

Referencias

- Adams, C. L., Bonnett, B. N., & Meek, A. H. (2000). Predictors of owner response to companion animal death in 177 clients from 14 practices in Ontario. *Journal of the American Veterinary Medical Association*, *217*(9), 1303-1309.
- Ainsworth, M. D. S. (1969). Object relations, dependency, and attachment: A theoretical review of the infant-mother relationship. *Child development*, *40*(4), 969-1025.
- Ainsworth, M. D. S., & Bell, S. M. (1970). Attachment, exploration, and separation: illustrated by the behavior of one-year-olds in a strange situation. *Child development*, *41*(1), 49-67.
- Allen, K. (2003). Are pets healthy pleasure? The influence of pets on blood pressure. *Current Directions in Psychological Science*, *12*, 236-239
- Allen, K., & Blascovich, J. (1996). The value of service dogs for people with severe ambulatory disabilities: A randomized controlled trial. *Jama*, *275*(13), 1001-1006.
- Allen, K., Blascovich, J., & Mendes W.B. (2002). Cardiovascular reactivity and the presence of pets, friends, and spouses: The truth about cats and dogs. *Psychosomatic Medicine*, *64*, 727-739.
- Allen, K., Shykoff, B. E., & Izzo, J. L. (2001). Pet ownership, but not ACE inhibitor therapy, blunts home blood pressure responses to mental stress. *Hypertension*, *38*(4), 815-820.
- Amiot, C. E., & Bastian, B. (2015). Toward a psychology of human-animal relations. *Psychological Bulletin*, *141*(1), 6-47. doi: 10.1037/a0038147
- Anderson, W. P., Reid, C. M., & Jennings, G. L. (1992). Pet ownership and risk factors for cardiovascular disease. *The Medical Journal of Australia*, *157*(5), 298-301.
- Archer, J. (1997). Why do people love their pets? *Evolution and Human behavior*, *18*(4), 237-259. DOI: 10.1016/S0162-3095(99)80001-4
- Archer, J., & Monton, S. (2011). Preferences for infant facial features in pet dogs and cats. *Ethology*, *117*(3), 217-226.
- Asher, L., Diesel, G., Summers, J. F., McGreevy, P. D., & Collins, L. M. (2009). Inherited defects in pedigree dogs. Part 1: disorders related to breed standards. *The Veterinary Journal*, *182*(3), 402-411.
- Blau, P. M. (1964). *Power and exchange in social life*. New York: J Wiley & Sons.
- Bonas, S., McNicholas, J., & Collis, G. M. (2000). Pets in the network of family relationships: An empirical study. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 209-236). Cambridge: Cambridge University Press.

- Borgi, M., & Cirulli, F. (2016). Pet face: Mechanisms underlying human-animal relationships. *Frontiers in psychology*, 7, 298. DOI: 10.3389/fpsyg.2016.00298
- Borgi, M., Cogliati-Dezza, I., Brelsford, V., Meints, K., & Cirulli, F. (2014). Baby schema in human and animal faces induces cuteness perception and gaze allocation in children. *Frontiers in psychology*, 5, 411.
- Bowlby, J., (1998) [1969]. *El apego y la pérdida I: El apego*. Barcelona: Paidós.
- Boya, U. O., Dotson, M. J., & Hyatt, E. M. (2012). Dimensions of the dog-human relationship: A segmentation approach. *Journal of Targeting, Measurement and Analysis for Marketing*, 20(2), 133-143.
- Charles, N., & Davies, C. A. (2008). My family and other animals: pets as kin. *Sociological Research Online*, 13(5), 4.
- Clutton-Brock, J. (1995). Origins of the dog: domestication and early history. En J. Serpell (Ed.), *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interactions with people*. (pp. 7-20). Cambridge: Cambridge University Press.
- Cobb, S. (1976). Social support as a moderator of life stress. *Psychosomatic medicine*, 38(5), 300-314.
- Covert, A. M., Whiren, A. P., Keith, J., & Nelson, C. (1985). Pets, early adolescents, and families. *Marriage & Family Review*, 8(3-4), 95-108.
- DeGue, S., & DiLillo, D. (2008). Is animal cruelty a "red flag" for family violence? Investigating co-occurring violence toward children, partners, and pets. *Journal of Interpersonal Violence*, 24(6), 1036-1056.
- DeLoache, J. S., Bloom Pickard, M., & LoBue, V. (2011). How very young children think about animals. En P. McCardle, S. McCune, J. A. Griffin, & V. Maholmes (Eds.), *How animals affect us: Examining the influence of human-animal interaction on child development and human health* (pp. 85-99). Washington, DC: American Psychological Association.
- DeMello, M. (2012). *Animals and society: An introduction to human-animal studies*. New York: Columbia University Press.
- Díaz Videla, M. (2014). Interacción humano-animal: ¿Por qué la gente no ama a sus mascotas? *Revista de Psicología GEPU*, 5(2), 164-179.
- Díaz Videla, M. (2017a). *Antrozología y la relación humano-perro*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Flores.
- Díaz Videla, M. (2017b). El antropomorfismo en la relación humano-perro de compañía: ¿Recurso o indicador de patología?. En M. Díaz Videla & M. A. Olarte (Eds), *Antrozología. Potencial recurso de intervención clínica* (pp. 49-64). Buenos Aires: Editorial de la Universidad Flores.
- Dotson, M. J., & Hyatt, E. M. (2008). Understanding dog-human companionship. *Journal of Business Research*, 61(5), 457-466.
- Dresser, N. (2000). The horse bar mitzvah: A celebratory exploration of the human-animal bond. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 90-107). Cambridge: Cambridge University Press.
- Epley, N., Akalis, S., Waytz, A., & Cacioppo, J. T. (2008). Creating social connection through inferential reproduction loneliness and perceived agency in gadgets, gods, and greyhounds. *Psychological Science*, 19(2), 114-120. DOI: 10.1111/j.1467-9280.2008.02056.x
- Epley, N., Waytz, A., & Cacioppo, J. T. (2007). On seeing human: A three-factor theory of anthropomorphism. *Psychological review*, 114(4), 864. DOI: 10.1037/0033-295X.114.4.864

- Fall, T., Kuja-Halkola, R., Dobney, K., Westgarth, C., & Magnusson, P. K. (2019). Evidence of large genetic influences on dog ownership in the Swedish Twin Registry has implications for understanding domestication and health associations. *Scientific reports*, 9(1), 7554.
- Fine, A. H. (2014). *Our faithful companions: Exploring the essence of our kinship with animals*. Crawford: Alpine Publications Inc.
- Fine, A. H. (2019). The human-animal bond over the lifespan: A primer for mental health professionals. In L. Kogan & C. Blazina (Eds.), *Clinician's guide to treating companion animal issues: Addressing human-animal Interaction* (pp. 1-19). Academic Press.
- Fine, A. H., & Mackintosh, T. (2016). Animal-assisted interventions: Entering a crossroads of explaining an instinctive bond under the scrutiny of scientific inquiry. In H. S. Friedman (Ed.), *Encyclopedia of mental health* (pp. 68-73). Oxford: Academic Press.
- Fridlund, A. J., & MacDonald, M. (1998). Approaches to Goldie: a field study of human approach responses to canine juvenescence. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 11(2), 95-100.
- Friedmann, E., Katcher, A. H., Lynch, J. J., & Thomas, S. A. (1980). Animal companions and one-year survival of patients after discharge from a coronary care unit. *Public health reports*, 95(4), 307.
- Friedmann, E., Katcher, A. H., Thomas, S. A., Lynch, J. J., & Messent, P. R. (1983). Social interaction and blood pressure: Influence of animal companions. *The Journal of Nervous and Mental Disease*, 171(8), 461-465.
- Friedmann, E., Thomas, S. A. (1995). Pet ownership, social support, and one-year survival after acute myocardial infarction in the Cardiac Arrhythmia Suppression Trial (CAST). *The American journal of cardiology*, 76(17), 1213-1217.
- Friedmann, E., Thomas, S. A., Cook, L. K., Tsai, C. C., Picot, S. J. (2007). A friendly dog as potential moderator of cardiovascular response to speech in older hypertensives. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 20(1), 51-63.
- Gerwolls, M. K., & Labott, S. M. (1994). Adjustment to the death of a companion animal. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 7(3), 172-187.
- Gerzovich Lis, C. J. (1998). *Nuestro perro: uno más en la familia*. Buenos Aires: Planeta.
- GfK. (2016). Pet Ownership. Global GfK Survey. Recuperado de: https://www.gfk.com/fileadmin/user_upload/country_one_pager/AR/documents/Global-GfK-survey_Pet-Ownership_2016.pdf
- Gray, P. B., & Young, S. M. (2011). Human-pet dynamics in cross-cultural perspective. *Anthrozoös*, 24(1), 17-30.
- Grimm, D. (2015). Dawn of the dog. *Science*, 348(6232), 274-279.
- Guéguen, N., & Ciccotti, S. (2008). Domestic dogs as facilitators in social interaction: An evaluation of helping and courtship behaviors. *Anthrozoös* 21(4), 339-349.
- Handlin, L., Nilsson, A., Ejdeback, M., Hydbring-Sandberg, E., & Uvnas-Moberg, K. (2012). Associations between the psychological characteristics of the human-dog relationship and oxytocin and cortisol levels. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 25(2), 215-228.
- Harker, R. M., Collis, G. M., & McNicholas, J. (2000). The influence of current relationships upon pet animal acquisition. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people*

- and pets* (pp. 189-208). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hart, L. A. (1995). Dogs as human companions: a review of the relationship. En J. Serpell (Ed.), *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interactions with people*. (pp. 161-178). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hart, L. A., Hart, B. L., & Bergin, B. L. (1987). Socializing effects of service dogs for people with disabilities. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 1(1), 41-44.
- Headey, B. & Grabka, M., (2007). Pets and human health in Germany and Australia: National longitudinal results. *Social Indicators Research*, 80, 297-311. doi: 10.1007/s11205-005-5072-z
- Herzog, H. (2006). Forty-two thousand and one Dalmatians: Fads, social contagion, and dog breed popularity. *Society & Animals*, 14(4), 383-397.
- Herzog, H. A. (2012). *Los amamos, los odiamos y... los comemos: Esa relación tan especial con los animales*. Barcelona: Kairós.
- Herzog, H. A. (2014). Biology, culture, and the origins of pet-keeping. *Animal Behavior and Cognition*, 1(3).
- Herzog, H. A., Bentley, R. A., & Hahn, M. W. (2004). Random drift and large shifts in popularity of dog breeds. *Proceedings of the Royal Society of London B: Biological Sciences*, 271(Suppl 5), S353-S356.
- Hinde, R. A. (1976). On describing relationships. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 17(1), 1-19.
- Hirschman, E. C. (1994). Consumers and their animal companions. *Journal of Consumer Research*, 616-632.
- Hosey, G., & Melfi, V. (2014). Human-animal interactions, relationships and bonds: a review and analysis of the literature. *International Journal of Comparative Psychology*, 27(1), 117-142.
- Joye, Y., & De Block, A. (2011). 'Nature and I are Two': A Critical Examination of the Biophilia Hypothesis. *Environmental Values*, 20(2), 189-215.
- Kahn, P. H. (1997). Developmental psychology and the biophilia hypothesis: Children's affiliation with nature. *Developmental review*, 17(1), 1-61.
- Kidd, A. H., & Kidd, R. M. (1989). Factors in adults' attitudes toward pets. *Psychological Reports*, 65(3), 903-910.
- Kidd, A. H., & Kidd, R. M. (1997). Changes in the behavior of pet owners across generations. *Psychological reports*, 80(1), 195-202.
- Kikusui, T., Winslow, J. T., & Mori, Y. (2006). Social buffering: relief from stress and anxiety. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London B: Biological Sciences*, 361(1476), 2215-2228.
- Konok, V., Nagy, K., & Miklósi, Á. (2015). How do humans represent the emotions of dogs? The resemblance between the human representation of the canine and the human affective space. *Applied Animal Behaviour Science*, 162, 37-46.
- Kotrschal, K., Schöberl, I., Bauer, B., Thibeaut, A. M., & Wedl, M. (2009). Dyadic relationships and operational performance of male and female owners and their male dogs. *Behavioural processes*, 81(3), 383-391.
- Krause-Parello, C. A., & Gulick, E. (2014). Examining demographic and psychosocial predictors of well-being in older pet owners. *International Journal of Nursing*, 3(1), 29-42.
- Lee, V. K., & Chai, M. S. (2015). Dog ownership, perceived social supports and stress among university students. *American*

- Journal of Applied Psychology*, 4(3-1), 45-50.
- LoBue, V., & DeLoache, J. S. (2008). Detecting the snake in the grass attention to fear-relevant stimuli by adults and young children. *Psychological science*, 19(3), 284-289.
- LoBue, V., Bloom Pickard, M., Sherman, K., Axford, C., & DeLoache, J. S. (2013). Young children's interest in live animals. *British Journal of Developmental Psychology*, 31(1), 57-69.
- Lorenz, K. (1943). Die angeborenen Formen möglicher Erfahrung. *Zeitschrift für Tierpsychologie*, 5, 235-409.
- Martens, P., Amiot, C., & Bastian, B. (2016). People and companion animals: It takes two to tango. *BioScience*, 66(7), 552-560.
- McCune, S., Kruger, K. A., Griffin, J. A., Esposito, L., Freund, L. S., Hurley, K. J., & Bures, R. (2014). Evolution of research into the mutual benefits of human-animal interaction. *Animal Frontiers*, 4(3), 49-58.
- McNicholas, J., & Collis, G. M. (1995). The end of a relationship: Coping with pet loss. *The Waltham book of human-animal interaction: Benefits and responsibilities of pet ownership*, 127-143.
- McNicholas, J., & Collis, G. M. (2000). Dogs as catalysts for social interactions: Robustness of the effect. *British Journal of Psychology*, 91(1), 61-70.
- Mornement, K. (2018). Animals as Companions. In C. G. Scanes & S. R. Toukhsati (Eds.), *Animals and Human Society* (pp. 281-304). London: Academic Press.
- Nagasawa, M., Mitsui, S., En, S., Ohtani, N., Ohta, M., Sakuma, Y., ... & Kikusui, T. (2015). Oxytocin-gaze positive loop and the coevolution of human-dog bonds. *Science*, 348(6232), 333-336. DOI: 10.1126/science.1261022
- Netting, F. E., Wilson, C. C., & New, J. C. (1987). The human-animal bond: Implications for practice. *Social work*, 32(1), 60-64.
- New, J., Cosmides, L., & Tooby, J. (2007). Category-specific attention for animals reflects ancestral priorities, not expertise. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 104(42), 16598-16603.
- Odendaal, J. S., & Meintjes, R. A. (2003). Neurophysiological correlates of affiliative behaviour between humans and dogs. *The Veterinary Journal*, 165(3), 296-301.
- Olmert, M. D. (2009). *Made for each other: The biology of the human-animal bond*. Boston: Da Capo Press.
- Ory, M. G., & Goldberg, E. L. (1983). Pet possession and life satisfaction in elderly women. En A. H. Katcher & A. M. Beck (Eds.), *New perspectives on our lives with companion animals* (pp. 303-317). Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Palmer, R., & Custance, D. (2008). A counterbalanced version of Ainsworth's strange situation procedure reveals secure-base effects in dog-human relationships. *Applied animal behaviour science*, 109(2), 306-319. DOI: 10.1016/j.applanim.2007.04.002
- Paul, E. S. (2000). Love of pets and love of people. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 168-186). Cambridge: Cambridge University Press.
- Payne, E., Bennett, P. C., & McGreevy, P. D. (2015). Current perspectives on attachment and bonding in the dog-human dyad. *Psychology research and behavior management*, 8, 71.
- Penkowa, M. (2015). *Dogs & human health: The new science of dog therapy & therapy dogs*. Indiana: Balboa Press.

- Plaut, M., Zimmerman, E. M., & Goldstein, R. A. (1996). Health hazards to humans associated with domesticated pets. *Annual review of public health, 17*(1), 221-245.
- Power, E. (2008). Furry families: making a human–dog family through home. *Social & Cultural Geography, 9*(5), 535-555. DOI: 10.1080/14649360802217790
- Prato-Previde, E., Custance, D. M., Spiezio, C., & Sabatini, F. (2003). Is the dog-human relationship an attachment bond? An observational study using Ainsworth's strange situation. *Behaviour, 140*(2), 225-254.
- Raupp, C. D. (1999). Treasuring, trashing or terrorizing: Adult outcomes of childhood socialization about companion animals. *Society & Animals, 7*(2), 141-159.
- Rehn, T., Lindholm, U., Keeling, L., & Forkman, B. (2014). I like my dog, does my dog like me? *Applied Animal Behaviour Science, 150*, 65-73. DOI: 10.1016/j.applanim.2013.10.008
- Robins, D. M., Sanders, C. R., & Cahill, S. E. (1991). Dogs and their people. Pet-facilitated interaction in a public setting. *Journal of Contemporary Ethnography, 20*(1), 3-25.
- Robinson, I. (1995). Associations between man and animals. *The Waltham book of human-animal interaction: Benefits and responsibilities of pet ownership*, 1-6.
- Sable, P. (2013). The pet connection: An attachment perspective. *Clinical Social Work Journal, 41*(1), 93-99. doi:10.1007/s10615-012-0405-2
- Sanders, C. R. (1993). Understanding dogs. Caretakers' attributions of mindedness in canine-human relationships. *Journal of contemporary ethnography, 22*(2), 205-226. DOI: 10.1177/089124193022002003
- Sanders, C. R. (1998). The Canine-Human 'With': Dogs, People, and Public Interaction. *The Newsletter. International Society for Anthrozoology, 16*(1), 11-15.
- Sanders, C. R. (1999). *Understanding dogs: Living and working with canine companions*. Philadelphia: Temple University Press.
- Sanders, C. R. (2003). Actions speak louder than words: Close relationships between humans and nonhuman animals. *Symbolic Interaction, 26*(3), 405-426. DOI: 10.1525/si.2003.26.3.405
- Sandøe, P., Corr, S., & Palmer, C. (2016). *Companion Animal Ethics*. New York: John Wiley & Sons.
- Sandøe, P., Kondrup, S. V., Bennett, P. C., Forkman, B., Meyer, I., Proschowsky, H. F., ... & Lund, T. B. (2017). Why do people buy dogs with potential welfare problems related to extreme conformation and inherited disease? A representative study of Danish owners of four small dog breeds. *PLoS One, 12*(2), e0172091. DOI: 10.1371/journal.pone.0172091
- Savishinsky, J. (1985). Pets and family relationships among nursing home residents. *Marriage & Family Review, 8*(3-4), 109-134.
- Schvaneveldt, P. L., Young, M. H., Schvaneveldt, J. D., & Kivett, V. R. (2001). Interaction of people and pets in the family setting: A life course perspective. *Journal of Teaching in Marriage & Family, 1*(2), 34-51.
- Serpell, J. (1991). Beneficial effects of pet ownership on some aspects of human health and behavior. *Journal of the Royal Society of Medicine, 84*, 717-720.
- Serpell, J. (1996). *In the company of animals: A study of human-animal relationships*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Serpell, J. A. (2000). Animal companions and human well-being: An historical exploration of the value of human-animal relationships.

- Handbook on animal-assisted therapy: Theoretical foundations and guidelines for practice*, 3-19.
- Serpell, J. A. (2003). Anthropomorphism and anthropomorphic selection-Beyond the "cute response". *Society and Animals*, 11(1), 83-100. DOI: 10.1163/156853003321618864
- Serpell, J. A. (2005). Factors influencing veterinary students' career choices and attitudes to animals. *Journal of Veterinary Medical Education*, 32(4), 491-496.
- Serpell, J. A. (2006). Animal-assisted interventions in historical perspective. *Handbook on animal-assisted therapy: Theoretical foundations and guidelines for practice*, 2, 3-20.
- Serpell, J. A. (2015). The human-animal bond. In L. Kalof (Ed.), *The Oxford handbook of animal studies* (pp. 81-102). Oxford: Oxford Handbooks Online. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199927142.013.31
- Serpell, J. A. (2019). How happy is your pet? The problem of subjectivity in the assessment of companion animal welfare. *Animal Welfare*, 28(1), 57-66. DOI: 10.7120/09627286.28.1.057
- Serpell, J. A., & Paul, E. (2011). Pets in the family: An evolutionary perspective. En C. A. Salmon, & T. K. Shackelford (Eds.) *The Oxford handbook of evolutionary family psychology* (298-309). Oxford University Press.
- Siegel, J. M. (1990). Stressful life events and use of physician services among the elderly: the moderating role of pet ownership. *Journal of Personality and Social psychology*, 58(6), 1081.
- Siegel, J. M. (2011). Pet ownership and health. En C. Blazina, G Boyra & D. S. Shen-Miller (Eds.) *The psychology of the human-animal bond* (pp. 167-177). New York: Springer.
- Summers, J. F., Diesel, G., Asher, L., McGreevy, P. D., & Collins, L. M. (2010). Inherited defects in pedigree dogs. Part 2: Disorders that are not related to breed standards. *The Veterinary Journal*, 183(1), 39-45.
- Tifferet, S., Kruger, D., Bar-Lev, O., & Zeller, S. (2013). Dog ownership increases attractiveness and attenuates perceptions of short-term mating strategy in cad-like men. *Journal of Evolutionary Psychology*, 11(3), 121-129.
- Topál, J., Miklósi, Á., Csányi, V., & Dóka, A. (1998). Attachment behavior in dogs (*Canis familiaris*): A new application of Ainsworth's (1969) Strange Situation Test. *Journal of Comparative Psychology*, 112(3), 219.
- Turner, W. G. (2005). The role of companion animals throughout the family life cycle. *Journal Of Family Social Work*, 9(4), 11-21. doi: 10.1300/J039v09n0402
- Valadez Azúa, R. (2000). El origen del perro, primera parte (entre el lobo y el perro). *Revista AMMVEPE*, 11(3), 75-84
- Vila, C., Savolainen, P., Maldonado, J. E., Amorim, I. R., Rice, J. E., Honeycutt, R. L., ...& Wayne, R. K. (1997). Multiple and ancient origins of the domestic dog. *Science*, 276(5319), 1687-1689.
- Vormbrock, J. K., & Grossberg, J. M. (1988). Cardiovascular effects of human-pet dog interactions. *Journal of behavioral medicine*, 11(5), 509-517.
- Wells, D. L. (2004). The facilitation of social interactions by domestic dogs. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 17(4), 340-352.
- Wells, D. L. (2007). Domestic dogs and human health: An overview. *British journal of health psychology*, 12(1), 145-156.
- Wells, D. L. (2009). The effects of animals on human health and well-being. *Journal of Social Issues*, 65(3), 523-543.

Wilson, E. O. (1984). *Biophilia*. Harvard University Press.

Wilson, E. O. (1993). Biophilia and the conservation ethics. En S. R. Kellert & E. O. Wilson (Eds.), *The biophilia hypothesis* (pp. 31-41). Washington, DC: Island Press.

Wollrab, T. I. (1998). Human-animal bond issues. *Journal of American Veterinary Medical Association*, 212(11), 1675.

Recibido: Noviembre, 2020 • Aceptado: Julio, 2020

Wood, L. J., Giles-Corti, B., Bulsara, M. K., & Bosch, D. A. (2007). More than a furry companion: The ripple effect of companion animals on neighborhood interactions and sense of community. *Society and Animals*, 15(1), 43.

Wrobel, T. A., & Dye, A. L. (2003). Grieving pet death: Normative, gender, and attachment issues. *OMEGA - Journal of Death and Dying*, 47(4), 385-393.

Zasloff, R. L., & Kidd, A. H. (1994). Loneliness and pet ownership among single women. *Psychological Reports*, 75(2), 747-752.

Zilcha-Mano, S., Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2011). An attachment perspective on human-pet relationships: Conceptualization and assessment of pet attachment orientations. *Journal of Research in Personality*, 45(4), 345-357. DOI: 10.1016/j.jrp.2011.04.001

Zilcha-Mano, S., Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2012). Pets as safe havens and secure bases: The moderating role of pet attachment orientations. *Journal of Research in Personality*, 46(5), 571-580.